

HUMBOLDT, Wilhelm von: *Diario de viaje a España 1799-1800*. Edición y traducción de Miguel Ángel Vega. Cátedra: Madrid 1998.

De nuevo encuentro un auténtico español: ingenuo, bondadoso, rudo y sin afectación, pero inteligente y no carente de conocimientos aunque un poco abandonado en su aspecto externo. Bajito, muy delgado, de cara alargada, nariz curva y mentón saliente (pág. 108).

La anterior es una de las abundantes y curiosas descripciones que de las gentes españolas se nos ofrecen en este relato viajero de W. von Humboldt, con el que se inaugura una nueva colección de la editorial Cátedra dedicada a presentarnos algunas interesantes visiones que ilustres viajeros tuvieron de nosotros en diferentes momentos de la Historia. Para el público español, el autor en cuestión es el mayor y el menos conocido de los dos hermanos (Wilhelm y Alexander), aunque sus aportaciones en diferentes campos de la ciencia tengan tanta o más importancia que las del pequeño. De todos es conocido el viaje que Alexander von Humboldt realiza por las Islas Canarias y la América española a finales del siglo XVIII, viaje científico del que surgirán novedosas noticias en los ámbitos de la Geología, la Botánica y las Ciencias Naturales en general. Wilhelm, orientado sin embargo hacia el Derecho, la Economía y la Filología, tiene una relación menos directa con España, aunque su labor investigadora y humanística merece aún hoy un digno reconocimiento a nivel europeo. De todos modos, será éste último quien, antes de desempeñar importantes cargos al servicio de Prusia —entre los cuales cabe citar el de Ministro de Cultos (Educación), cargo bajo el cual llegó a fundar la Universidad de Berlín que hoy todavía lleva su nombre—, realizará un largo viaje de acercamiento a la realidad española, un viaje inmerso en la más pura tradición ilustrada que dará lugar a las anotaciones que constituyen el presente relato.

La finalidad del viaje para un ilustrado consistía en la adquisición de conocimiento: era el mejor método para conocerse a sí mismo, a través de la confrontación de lo propio con lo diferente. Teniendo en cuenta esta premisa, podremos comprender que a W. von Humboldt le habría dado igual viajar a Italia o a Grecia; lo importante era engrosar

el currículum personal con la experiencia vital del contacto directo con un país mediterráneo, tan diferente al mundo germánico del que los intelectuales alemanes procedían. Aunque es cierto que ya en la época los hispanistas de Göttingen ensalzaban el elemento popular y exótico de la cultura española como tópico de su imagen romántica, Wilhelm von Humboldt habría elegido Italia para este «Bildungsreise» —como ya antes habían hecho Lessing, Herder y el propio Goethe—, de no haber sido por las guerras napoleónicas que en aquel momento desaconsejaban tal empresa. Por ello, y por la cercanía que tiene desde París —donde lleva residiendo ya unos años— con los intelectuales españoles que allí se encuentran, decide emprender un viaje que, sin demasiado entusiasmo inicial, le va a tener ocupado durante siete meses con el conocimiento de un país que no atravesaba su mejor momento histórico.

Acompañado por su mujer e hijos, Wilhelm von Humboldt entra en España por Irún en octubre de 1799, sigue rumbo hacia el centro de la península, alcanza el sur a finales de año, y se dirige de nuevo hacia el norte por el litoral levantino, para regresar a Francia en abril de 1800. El ritmo de viaje es con frecuencia vertiginoso; el mal estado de los caminos y las incómodas condiciones del transporte y hospedaje no le impiden cubrir rápidas jornadas, pasando de una región a otra sin tiempo material de plasmar en el papel sus impresiones de un modo reposado. Sólo en determinados lugares interrumpe el viaje para atender a un curiosamente elevado número de entrevistas y asistir a todo tipo de actos sociales y culturales de los que dejará unas valiosísimas anotaciones. Objeto de sus estancias más amplias son El Escorial —sede de la Corte en la época—, Madrid, Sevilla, Granada, Valencia y Barcelona, desde donde realiza una excursión al monasterio de Montserrat que describe muy detalladamente. Su espíritu ilustrado y racionalista le empuja a estudiarlo todo y, aunque no sienta un especial entusiasmo por nada, emite juicios referentes a cada asunto sobre el que escribe. Precisamente es ésta una de las principales virtudes del relato: a pesar de las opiniones demasiado superficiales que frecuentemente expresa, del atrevimiento con el que, debido a la velocidad del viaje, construye generalidades a partir de observaciones mínimas, e incluso teniendo en cuenta que algunas de sus afirmaciones están influenciadas por la perspectiva de aquellos intelectuales españoles con los que se encuentra, el conjunto de las anotaciones y reflexiones de W. von Humboldt supone un documento de innegable interés histórico y cultural para conocer hoy en día la visión que proyectábamos en el exterior, a través de los ojos de un auténtico hombre universal en contacto con un entorno desconocido.

El relato se compone de apuntes, resúmenes de entrevistas, noticias, impresiones, etc., sobre los aspectos más variados de la vida nacional, desde la situación del clero, el ejército, o la nobleza, hasta detalles sobre la educación universitaria, la economía, la Inquisición, el urbanismo, la literatura y el teatro, la lengua, e incluso cuestiones de importancia exclusivamente etnológica como la cría caballar, la colombofilia o los bailes regionales. Al mismo tiempo su mujer escribe una relación de los tesoros artísticos que va encontrando, y Gropius, el preceptor de sus hijos, oficiará de dibujante. Como vemos, el aprovechamiento del viaje será múltiple, y ofrecerá elementos de interés tanto al filólogo como al científico, al etnólogo o al futuro viajero que deseara iniciar la aventura por territorio desconocido. Las notas de este diario revelan una enorme curiosidad y extrañeza, aunque destacan significativamente —sirva de ejemplo la cita con la que comienza este escrito— aquellas referidas a las gentes, su aspecto externo y su carácter; un intento de acercamiento al pueblo español que, sin duda, respondía también a aquella necesidad ilustrada de intentar acercarse a sí mismo.

La naturaleza del relato es atípica, pues todas las notas en él recogidas habrían de servir posteriormente para ordenarlas en una obra formalmente coherente. Se habla de personajes que no están presentados y se pasa de un asunto a otro sin relación alguna. La calidad literaria de los apuntes es asimismo menor, ya que no tienen por objeto ser publicados. Indudables dificultades para el traductor, que ha de encontrar el sentido de muchos pasajes y ha de realizar un esfuerzo para conseguir que el interés histórico y cultural del relato sea parejo al placer experimentado en la lectura del mismo.

**Gonzalo Tamames**